

Volver a Londres

Vuelve uno a Londres como quien vuelve a una ciudad conocida, y, en cierta manera, como quien vuelve a casa. Pero, nada más llegar, como aquella primera vez, Londres vuelve a sorprender. Londres siempre sorprende.

Yo había estado en Londres ya. Recuerdo la primera vez, nada más entrar en esta Caja en la que hoy sigo trabajando, la última semana de un lluvioso mes de noviembre de empieza a hacer unos cuantos años. Eso de ser el último para elegir vacaciones te obligaba a viajar en esas fechas...

Entonces, las luces de Navidad daban a las calles un color único, de película entrañable y, sinceramente, digno de disfrutar.

Esta vez el color era otro. Lejos del típico y tópico oscuro y lluvioso otoño de la primera vez, Londres nos recibía con los rayos de ese sol de abril que ya se anima a calentar un poco y con ello a hacer agradables los paseos.



Los viajes son distintos si se hacen en familia, por amor, con amigos o en solitario.

Esta vez, viajaba en familia, y para el resto era su primera vez en Londres, así que, como buenos turistas ávidos de recorrerse la ciudad en poco más de 80 horas, nos pusimos en marcha al poco de llegar. Y, cómo no, a hacer cientos de fotos en cada rincón. Ya

habíamos estrenado la cámara recogiendo los campos británicos desde el ventanuco del avión antes de aterrizar en el aeropuerto de Gatwick, desde donde fuimos a la Victoria Station, en busca de nuestro alojamiento.

Si en Londres hay que utilizar algún medio de transporte, ese es el autobús, así que así llegamos al hotel. Soy de esas personas que, aún sabiendo que hago mal, utilizo el coche para todo, pero para visitar Londres el autobús es un placer. Y un alivio para el cuerpo, ya que te permite disfrutar del paisaje urbano sin acabar con tus pies, por mucho que hayas elegido tus mejores zapatillas.

Primera visita, el Palacio de Buckingham, el monumento a la Reina Victoria y sus alrededores. Residencia oficial del monarca y construido fundamentalmente durante el siglo XVIII, es de esos escenarios que cuando llegas te resulta familiar de tanto verlo en televisión. Pero merece la pena. Los cambios de guardia siempre llaman la atención y si en el viaje hay niños, se disfruta viendo sus caras.

Y de ahí, paseando, nos fuimos por St. James's Park, en donde nos comimos un tentempié en uno de los pocos bancos que los trabajadores de la zona dejaban libres, ya que estaba muy concurrido a esas horas. Tantos trabajadores como ardillas, que corrían libres por el impecablemente limpio parque, como comentaron parte de mis familiares. Desde ahí nos acercamos a ver las Casas del Parlamento, con el famosísimo Big Ben. Resulta impresionante verlo desde abajo, al comienzo del puente, con el London Eye a nuestras espaldas, al que llegamos cruzando el puente sobre el Támesis en otra estampa memorable.

Volvimos sobre nuestros pasos para en la Parliament Square visitar la Abadía de Westminster, iglesia gótica en la que se han venido realizando las coronaciones y los entierros de los reyes británicos. Dando un pequeño paseo, comprobamos la cantidad de estatuas de personalidades que hay repartidas por la plaza, como las de Winston Churchill o incluso Nelson Mandela.

De ahí a Downing Street, con parada en el número 10, residencia del Primer ministro. El primer día se acababa y había que reponer fuerzas y descansar para el día siguiente.



Aunque algunos se veían incapaces de terminárselo, al final todos acabamos con el enorme desayuno inglés con el que empezamos la mañana. Las calorías de los huevos fritos, el bacon y las inconfundibles “beans” (judías) nos dieron energía para salir disparados hacia posiblemente uno de los lugares que más nos gustó a todos: Oxford y Regent Street. Sea cual sea la hora, siempre es agradable recorrerse esas dos calles. Tiendas, autobuses y semáforos con sus indicaciones para los que no estamos acostumbrados a que los coches nos vengan por “el lado contrario”.

Precisamente por Regent Street entramos en Piccadilly Circus con su monumento a Eros, sus tiendas y sus anuncios. También te resulta familiar aunque nunca hayas pisado aquello. ¿Quién no ha visto esos enormes carteles publicitarios?

Y es que Londres, es tal y como te lo imaginas, pero con mucho más para sorprenderte.

Y si hay un espacio que me gusta en Londres, ese es Trafalgar Square, así que allí nos plantamos. La plaza conmemora la Batalla de Trafalgar, en la que los británicos vencieron a la armada española en 1805. De ahí que su principal adorno sea la columna al Almirante Nelson. Esta plaza viene a ser como la Puerta del Sol de Madrid en España, lugar kilómetro cero y donde se realizan las más diversas concentraciones.

Culminando la plaza se encuentra la National Gallery, que sería como el Museo del Prado, siguiendo con el paralelismo. La entrada es gratuita y las obras que uno puede observar allí, hacen obligada una visita con calma. Entre las pinturas más admiradas, algunas de las básicas en cualquier libro de Arte, como “Los girasoles” de Van Gogh, por ejemplo, aunque pudimos disfrutar de Rafael, Rembrandt o Velázquez, con la “Venus del espejo”.



Esa tarde tomamos un café y unos trozos de tarta en el muy agradable Covent Garden Market y paseamos por la popular Charing Cross.

El tercer día amaneció rápido y tras otro gran desayuno, sin dejar ni una judía, fue momento de uno de los parques más grandes, Hyde Park, con su famosa esquina (Corner), cerca del Marble Arch.

Todo está relativamente cerca y puede verse sin más necesidad que unas horas y ganas de aprovechar el viaje.

Aunque no es de lo más destacado, nos resultó curioso el Albert Memorial, un templete homenaje al Príncipe Albert con infinidad de detalles. En frente justo, el Albert Royal Hall,

donde, curiosidades de la vida, nos encontramos a un español que nos contó que fue donde España ganó el festival de Eurovisión en 1968 con el famoso La, la, la.

Esa noche tocó conocer un poquito del ambiente nocturno de Londres, y parte del grupo nos fuimos a Camdem. Unas cervezas y pop inglés para acabar la noche en uno de los locales que más llamó la atención, y no sólo en ese momento...



Unos antiguos establos habían sido acondicionados y, llenos hasta la bandera, acogían una sesión de uno de los DJs de moda, con cientos de personas de las más diversas apariencias bailando. Es una de las grandezas de Londres, su riqueza pluricultural.

Pero decía que llamó la atención sólo en ese momento. Al día siguiente, en nuestra visita al mercado de Camdem, con sus tiendas y su movimiento “punk”, nos encontramos en el mismo lugar en el que, sólo 6 horas antes, habíamos estado escuchando lo último en música, pero ahora reconvertido en una sala de exposiciones, como vemos en la foto. Donde anoche bailábamos, ahora sofás, donde anoche altavoces, ahora focos. En definitiva, donde anoche lo último en música, ahora lo último en pintura.



Aprovechar la cultura, otro valor londinense.

Y es que Londres, es tal y como te lo imaginas, pero con mucho más para sorprenderte.

La tarde la dejamos para ir a ver el Tower Bridge, el puente levadizo sobre el Támesis, junto a la Torre de Londres. Yo no sé los millones de fotos que se realizarán sobre él al cabo solamente de un día, pero nosotros no seríamos menos.

Aproveché para tirar más fotos, ya que el sol empezaba a ponerse, acabando un día y con él nuestro viaje.

Lógicamente, vimos muchas más cosas, tiendas, monumentos, gentes, rincones, museos y calles, pero esas es mejor que, cuando tengáis unos días libres, vayáis a descubrirlas vosotros mismos, y veréis como, realmente, Londres es tal y como te lo imaginas, pero con mucho más para sorprenderte.



Héctor Sastre Díaz
Grupo de Empresa de Caja de Ávila (GECA)
Caja de Ahorros de Ávila
hsastred@cajadeavila.es